

3. Historia y ciencias sociales: España y Portugal

Mark Lawrence: *Spain's First Carlist War, 1833-1840*. Basingstoke: Palgrave Macmillan 2014. 283 páginas.

En esta obra, Mark Lawrence, profesor de la Universidad de Newcastle, nos presenta una visión global de la Primera Guerra Carlista, que pese a su reducida extensión, nos permite comprender bastante bien el conflicto. Su libro empieza con una interesante introducción, en la que, además de resaltar la importancia de esta contienda, hace un recorrido por las diferentes interpretaciones sobre el carlismo. Además de eso, el autor aprovecha para mostrarnos su explicación de dicho movimiento, analizando la importancia de la religión, de los fueros y de las causas socioeconómicas en el surgimiento y desarrollo del mismo.

A continuación pasa a relatarnos los orígenes de la Guerra Carlista, remontándose para ello a la Guerra de la Independencia y analizando el desarrollo del liberalismo y del absolutismo entre 1808 y 1833. El objetivo de Lawrence en esta parte de la obra es mostrarnos el contexto histórico que llevó al estallido del conflicto, para lo cual nos habla de todo aquello que pueda ayudarnos a comprenderlo: diferentes tendencias absolutistas y liberales, medidas de gobierno de cada bando, revueltas, cuerpos armados, exilios, purgas militares e intrigas palaciegas. A todo ello dedica dos capítulos, en los que los acontecimientos y sus interpretaciones se van sucediendo por orden cronológico, de forma clara y ordenada.

Una vez hecho esto, el autor empieza a relatarnos la Guerra Carlista, que divide para ello en cinco capítulos. En el primero habla de la fase vasca, que transcurre entre 1833 y 1835 y que está dominada por la

personalidad de Zumalacárregui. Los dos siguientes nos explican cómo el conflicto provoca la radicalización liberal, que a su vez lleva a la revolución en la España isabelina, en un periodo que transcurre entre 1835 y 1837. Y los otros dos se ocupan del fracaso de los carlistas en su intento por ganar la guerra y de su declive hasta la derrota final, que tiene lugar en 1840. El libro acaba con unas breves conclusiones, en la que se analizan las consecuencias que tuvo la contienda para los carlistas, para los liberales, para el País Vasco y para el resto de España.

Spain's First Carlist War es un libro en parte clásico y en parte innovador. Es clásico porque los acontecimientos se nos cuentan por orden cronológico con todo lujo de detalles y con abundancia de datos. Además, prima una visión política y militar de los hechos frente a un análisis más económico o social de los mismos, al tiempo que reivindica el papel de los grandes hombres en la historia. No obstante, el libro aporta algunas novedades, como un análisis detallado de lo sucedido en la retaguardia liberal, especialmente en Andalucía, de la que los estudiosos de la Guerra Carlista apenas se habían ocupado. Así pues, se nos habla de los motines de la milicia, de los problemas para reclutar soldados, de la relación entre bandolerismo y carlismo e incluso del desarrollo industrial y de los conflictos laborales durante el conflicto. Esto permite acercarnos a lo que debió ser la guerra para las personas que la vivieron lejos del frente, en la España isabelina, que fueron la mayor parte de la población y a los que los autores anteriores habían prestado muy poca atención. De esta manera, Lawrence nos hace entender por qué la retaguardia liberal se fue radicalizando hasta acabar en los motines

urbanos de 1835 y 1836, que afectaron en gran medida al desarrollo del conflicto y de la política liberal posterior. Ese es, sin duda, el principal logro del libro.

Otra de sus aportaciones es el minucioso relato de la política exterior de ambos bandos, así como de la implicación de Gran Bretaña, Francia y Portugal en la guerra civil que estaba asolando España en esos años. Lawrence nos hace ver así la gran repercusión internacional que tuvo el conflicto carlista, similar en muchos aspectos al de la Guerra Civil de 1936-1939. Al mismo tiempo, nos habla de interesantísimas negociaciones secretas con gobiernos de otros países y nos hace ver cómo las decisiones de los dirigentes de ambos bandos estaban en gran parte condicionadas por el impacto que tendrían en las potencias extranjeras. Aunque estos aspectos ya habían sido tratados en artículos y monografías anteriores, el enfoque de Lawrence es bastante original, ya que relaciona la política exterior con los sucesos de la guerra y la política interior española, evitando la tentación de formar con ellos un capítulo aparte, con poca relación con el resto del libro.

Para contarnos todo esto el autor se ha basado en una amplia bibliografía de más de 200 títulos, entre los que se encuentran numerosas obras de autores británicos, la mayoría poco utilizadas por los historiadores españoles, lo que le permite dar una visión diferente del conflicto. No obstante, sigue habiendo una mayoría de historiadores españoles, destacando entre ellos Antonio Pirala, que con su monumental obra sobre la Primera Guerra Carlista, es el autor de referencia para Lawrence, a mucha distancia de los demás. La bibliografía utilizada es bastante completa y combina autores liberales, carlistas y de la historiografía actual. Pero se echa en falta la utilización de obras tradicionalistas anteriores a 1960, que apenas son mencionadas. Esto

provoca que el punto de vista predominante sea el que nos transmite la corriente liberal y que se cite a menudo a historiadores actuales para certificar hechos que ya fueron narrados en obras del siglo XIX.

Aunque el libro se basa sobre todo en una amplia bibliografía, también se han utilizado con profusión las publicaciones periódicas, especialmente *El Eco del Comercio* y la *Gaceta Oficial*, que son las que Lawrence cita con más frecuencia. Gracias al empleo de estos periódicos, algo poco frecuente para analizar la Guerra Carlista, el autor nos aporta datos curiosos y poco conocidos hasta ahora, cuya publicación en una obra resulta muy interesante. En cuanto a las fuentes de archivo, proporcionan mucha menos información, pero el uso de algunos fondos poco explorados, como los archivos municipales de Málaga y San Sebastián o el del propio Espartero, permite dar un enfoque de la guerra diferente al que estamos acostumbrados a ver.

Una de las cosas que llama la atención al leer el libro de Lawrence es la gran cantidad de temas que toca, ya que no se limita a hablar de los típicos aspectos políticos y militares que uno espera encontrar en una obra de este tipo. De esta forma, se nos habla del papel de la mujer, de la prensa, de las penurias que sufría el ejército liberal, de las dificultades para financiar la guerra y reclutar soldados, de la marina, de la correspondencia privada de varios generales, de cómo afectó la guerra a Cuba e incluso de la importancia del tabaco para la moral de la tropa. También hay que destacar que distingue entre carlismo civil y militar, lo que es importante para no confundir a los carlistas con los combatientes rebeldes. Al mismo tiempo, es positivo que relativice la brecha entre carlistas y liberales, al afirmar que muchos moderados hubieran aceptado el carlismo (y muchos carlistas un régimen moderado). Esto nos ayuda a entender la Expedición Real de

1837 y también el convenio de Vergara, al tiempo que nos permite comprender los grandes conflictos que se produjeron dentro de cada uno de los bandos. Estas querrelas internas llevaron, por ejemplo, a los motines urbanos de 1835 (en el bando liberal) o a las ejecuciones de Estella en 1839 (en el bando carlista).

No obstante, el libro de Lawrence presenta también algunas carencias y numerosos errores, que se hace necesario comentar. Para empezar, se echa en falta un análisis social de la guerra, en el que se explique el papel de la nobleza, del clero, de la alta burguesía, de las clases medias, de los artesanos y del campesinado, así como su grado de apoyo a cada bando durante el conflicto. Y también una explicación más detallada de por qué el carlismo arraigó más en unas zonas que en otras, algo que en la obra que estamos analizando se toca muy por encima. Para ello hubiera sido interesante un estudio de la economía vasco-navarra y de cómo la crisis económica anterior a la guerra pudo incrementar el apoyo al carlismo.

Más llamativos son los errores que el libro contiene y que, aunque no son especialmente graves, reducen la calidad del trabajo realizado. Algunos se producen por desconocimiento de aspectos de la cultura y la geografía española, como cuando se sitúa a Murcia en el Maestrazgo, a Mondoñedo en Cataluña o se llama Jacinta Espartero a la mujer del general Espartero. Otros por una mala comprensión del texto, que es lo que sucede cuando afirma que el general Latre temía que cualquier religioso le pudiera entregar a los carlistas a su paso por Galicia, cuando la fuente que ha utilizado dice lo contrario, ya que fue un fraile el que le salvó de ser capturado. O cuando afirma que los rebeldes obligaron a las élites locales de un pueblo de Cataluña a contratar a desempleados para evitar que se alistasen en la milicia, cuando lo que ocurrió fue lo contrario,

pues fueron los liberales los que forzaron la contratación, por otros motivos. Además, en varios combates se equivoca con el nombre del general al frente de las tropas y confunde a la primera esposa de don Carlos con la segunda. En otras ocasiones afirma cosas que no aparecen mencionadas en las referencias que cita y que más bien parecen sacadas de su imaginación. Un ejemplo de ello es cuando afirma que Cabrera saqueó dos veces Castellón, una ciudad en la que nunca llegaron a entrar las tropas rebeldes. O cuando sostiene que los carlistas castraron a varios prisioneros antes de ejecutarlos, algo que no aparece en ninguna parte del periódico que cita. También hay que destacar la falta de rigor de Lawrence, cuando empieza el libro diciendo que la guerra mató al 5% de la población española y lo termina afirmando que acabó con la vida de entre un 2 y un 4% de los españoles, sin que en ningún momento haga referencia a fuente alguna que justifique esos datos.

Por suerte, estos aspectos negativos no afectan a la estructura de la obra, ni a la interpretación general que del conflicto hace el autor. Por ello, podemos decir que el libro de Mark Lawrence es una buena visión de conjunto de la Primera Guerra Carlista, escrito de una forma amena, con numerosos ejemplos y detalles curiosos, que nos sitúan bastante bien en el contexto histórico de la época. Así pues, hay que reconocerle el importante trabajo realizado, un enfoque original y la gran cantidad de información novedosa que aporta, lo que hace el libro interesante, tanto para los que no tienen conocimientos del conflicto carlista, como para los estudiosos del tema, puesto que todos pueden aprender algo nuevo con su lectura. Es en general un libro que vale la pena leer si se quiere entender la Primera Guerra Carlista.

*Antonio Caridad Salvador
(Universidad de Valencia)*

Pedro de Lemonauria: *Costumbre Democrática. Debates liberales sobre fueros vascos, 1837-1868*. Estudio preliminar y edición de José María Portillo. Bilbao: Universidad del País Vasco 2013. (Colección Clásicos del Pensamiento Político y Social en el País Vasco, vol. 12). 288 páginas.

“Por supuesto, ninguna calle de Bilbao lleva su nombre”. Así cierra José María Portillo el estudio preliminar a la selección de textos liberales del siglo XIX que edita en esta obra publicada por la Universidad del País Vasco. A quien se refiere Portillo es a Pedro de Lemonauria, abogado, político e ideólogo progresista vizcaíno que, como otros liberales vascos, entre ellos Víctor Luis Gaminde, también protagonista de esta obra, ha sido injustamente olvidado. Borrados de la memoria colectiva, diríamos utilizando un concepto de plena actualidad. Porque la imagen del XIX vasco, del *corto* siglo que se extiende entre 1808 y 1876, entre la crisis abierta por la invasión napoleónica y el desmantelamiento de los fueros vascos, ha estado y sigue estando dominada por el binomio fuerismo/carlismo, dos ideologías conservadoras de las que se alimentó el nacionalismo vasco finisecular. La hegemonía política e institucional del fuerismo (como grupo político específico), de una solidez imponente entre los años 30 y 60 del siglo pasado, así como el abrupto y violento protagonismo del carlismo en dos coyunturas muy traumáticas (las Guerras Carlistas de 1833-1839 y 1872-1876), que marcaron la centuria, ha arrinconado en la sombra hasta casi hacer invisible al tercer vértice del triángulo político-ideológico que define el XIX vasco: el liberalismo progresista. Portillo trata a través de esta obra de arrojar luz sobre él y contribuir a hacerlo más visible.

La obra forma parte de la colección “Textos Clásicos del Pensamiento Político

y Social del País Vasco”. La serie se viene publicando desde 1994 bajo la dirección de Javier Fernández Sebastián y lleva con este ya 12 volúmenes de cuidada selección de textos que nos acercan y ayudan a entender el pensamiento de autores tan diversos como Valentín de Foronda, Gregorio de Balparda, Francisco Aranguren y Sobrado o Luis de Elizalde, por señalar algunos de los *clásicos* vascos que han pasado por sus páginas. A ellos se suman ahora los dos citados ideólogos del progresismo vasco, Lemonauria y Gaminde, junto a un tercer liberal, vizcaíno como ellos pero más desconocido, Juan José Zarrabeitia. Les acompaña un excelente editor, José M^a Portillo, profesor de la Universidad del País Vasco, que cuenta con una reconocida y voluminosa obra a sus espaldas en la que ha transitado, muy fructíferamente, desde el estudio de las jurisdicciones provinciales de las Provincias Vascongadas en la segunda mitad del siglo XVIII al estudio del tránsito entre *imperio y nación* en España, entre la monarquía imperial hispánica y el Estado liberal. Sus obras son hoy referencia fundamental para quienes nos dedicamos al estudio del siglo XIX.

A través de los cuatro textos que recoge en *Costumbre Democrática* y que remiten a tres coyunturas distintas, 1837, 1852 y 1869, todas significativas para las Provincias Vascongadas como explica en el estudio introductorio, Portillo se propone, además de contribuir a arrojar luz sobre el liberalismo en estos territorios, mostrar la existencia de un liberalismo *fuerista*, o *fuerismo liberal*, defensor del mantenimiento de los fueros vascos. Un aparente oxímoron, pues el carlismo primero y el nacionalismo vasco después negaron la posibilidad de tal combinación de términos. Sin embargo, y aunque ambos se la atribuyeran, no tuvieron en exclusiva la defensa de estos códigos legales de origen medieval y desarrollo antiguorregimental

que, habiendo sobrevivido a los Decretos de Nueva Planta, llegaron en pleno vigor al siglo XIX. Hubo también liberales que los defendieron, desde una concepción distinta de su significado y planteándose qué encaje podrían tener en el nuevo orden constitucional. Comparto con Portillo la preocupación por subrayar la complejidad ideológica del ochocientos vasco, por hacer más visibles a sus liberales en medio de un panorama historiográfico que ha privilegiado hasta el momento el estudio de las ideologías conservadoras decimonónicas y de los grupos políticos que las defendieron, es decir, el estudio del fuerismo, el carlismo y el nacionalismo aranista. Dado el indiscutible dominio hegemónico que tuvo entonces ese pensamiento conservador en sus distintas modulaciones, es lógico por otra parte que la historiografía vasca así lo haya reflejado. El conocimiento científico es sumatorio, y precisamente porque ahora conocemos mejor ese universo conservador, podemos progresar en el estudio del liberalismo, sobre el que existen ya varias aportaciones seminales de los años noventa en las que cimentar el camino a recorrer.⁶ La contribución de

Portillo representa una llamada de atención a la necesidad de emprenderlo, y a la vez un nuevo y positivo paso adelante, no solo en la medida en que reaviva una parte del pensamiento progresista y reivindica para algunos de los textos que lo plasman el papel de clásicos, sino planteando un interesante estudio introductorio que contiene, a mi modo de ver, varios elementos para la discusión.

En primer lugar, el propio concepto de *liberalismo fuerista*. Se puede apelar para defenderlo al hecho de que algunos liberales de los años treinta reclamaron para sí el epíteto de fueristas. El propio Zarrabeitia se autodefine a la vez liberal y fuerista en su *Defensa de los fueros de Vizcaya* escrita en 1837 (p. 78) —el segundo de los textos recopilados en la obra que nos ocupa—, criticando que se hagan “sinónimos *fuerista* y *carlista*”. Convendría sin embargo evitar tal concepto en los análisis historiográficos, porque contribuye a confundir fuerismo y liberalismo, a diluir sus límites, una de las cuestiones sobre las que tendríamos que discutir más los historiadores. Considero mejor cambiarlo, para cuando hablemos del primer y segundo tercio del

⁶ Una de ellas es la obra de Javier Fernández Sebastián: *La génesis del fuerismo. Prensa e ideas políticas en la crisis del Antiguo Régimen (País Vasco 1750-1840)*. Madrid: Siglo XXI, 1991, en la que se incluye un estudio del primer liberalismo vasco articulado en torno a empresas periodísticas. Están además mis aportaciones, especialmente en *Revolución y tradición. El País Vasco ante la Revolución liberal y la construcción del Estado español, 1808-1868*. Madrid: Siglo XXI, 1996 —en donde presto atención específica al liberalismo vasco— y en el estudio introductorio a la edición de la *Memoria justificativa de lo que tiene expuesto y pedido la ciudad de San Sebastián*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 1996. Está también la obra de Mikel Urquijo: *Liberales y carlistas: revolución y fueros vascos en el prelude de la última guerra carlista*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 1994; y varios artículos y contri-

buciones a congresos que no hay espacio para citar aquí. No es tan reciente como dice Portillo (p. 17) por consiguiente la atención historiográfica prestada al liberalismo no solo como apéndice al fuerismo. Entre las aportaciones posteriores a los años noventa cabe además citar el conjunto de estudios contenidos en Coro Rubio y Santiago de Pablo (coords): *Los liberales. Fuerismo y liberalismo en el País Vasco (1808-1876)*. Vitoria: Fundación Sancho el Sabio, 2002; Mikel Alberdi: *Miguel Antonio Zumalacarrégui (1773-1846). Biografía del político y jurista liberal*. San Sebastián: Museo Zumalakarregi-Estudios Históricos VII, 2005; Carlos Rilova Jericó: *Vida del Duque de Mandas (1832-1917)*. San Sebastián: Ediciones Kutxa, 2008; y Jon Penche: *Republicanos en Bilbao (1868-1937)*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 2010, entre otros.

siglo XIX, por liberalismo foralista, o simplemente defensor de los fueros.

Otra cuestión derivada de lo que plantea Portillo en esta obra es hasta qué punto el pensamiento liberal recopilado en ella representa al conjunto del progresismo vasco. Esa defensa de los fueros y de su mantenimiento en el orden constitucional definió a una parte del liberalismo progresista vasco, pero no a su totalidad, al menos hasta que a finales de los años 40 se operara en él un “giro conservador”.⁷ Ahí están esos otros progresistas como Joaquín María de Ferrer, personajes con protagonismo en la vida política estatal (fue ministro de Hacienda en 1836, alcalde de Madrid en 1840 y secretario de Estado en 1840-1841), que no defendieron los fueros. Se echa en falta en el estudio introductorio de Portillo alguna referencia al respecto que ayude a situar mejor a ese grupo de liberales que él trata, los que defendieron “una idea progresista del fuero y el fuerismo que se había conformado desde 1837” (p. 13). Precisamente en este año, 1837, Víctor Luis Gaminde publicó un folleto titulado *Intereses de Bilbao. Ecsamen de lo perjudicial que sería la permanencia del sistema foral en el siglo XIX*, un texto cuya incorporación al libro que nos ocupa, y su cotejo con el que sí ha seleccionado Portillo, la *Impugnación al proyecto llamado arreglo de los fueros de las Provincias Vascongadas* publicado en 1852, hubiera enriquecido sustancialmente el análisis del progresismo vasco. En el texto de 1837 Gaminde arremetía contra los fueros acusándolos de mantener a Vizcaya anclada en el pasado, de servir a los intereses de una oligarquía corrupta y de ser perjudiciales

para el comercio y la industria. Adoptaba por consiguiente una posición antiforalista –*antifuerista*, en la lógica de términos que emplea Portillo–, muy distinta a la que mantuvo en el texto de 1852, en el que pedía la conservación de los fueros (entonces ya depurados de sus elementos más criticables para los ojos de un liberal); entre una y otra fecha se había operado ese “giro conservador” que mencionaba antes, y Gaminde lo refleja muy bien. El progresismo vasco del siglo XIX fue complejo, y es necesario también poner de manifiesto esa complejidad.

Pero el objetivo de Portillo es otro: “se quiere documentar la continuidad de un pensamiento progresista y luego republicano (federalista y demócrata) sobre el fuerismo vasco como forma de autonomía”, con el fin último de desmontar la usual suposición, extendida por el nacionalismo vasco desde su primera formulación, de que las ideologías que han orbitado alrededor del izquierdismo vasco han tenido la defensa de los fueros “como algo postizo, una suerte de prótesis para poder manejarse en un espacio que no es el suyo” (pp. 12-13). Por eso el texto de 1837 que ha seleccionado Portillo es el *Ensayo crítico sobre las leyes constitucionales de Vizcaya* de Pedro de Lemonauria, que muestra a un liberal progresista que valora y defiende los fueros, aunque lo haga críticamente. En el prólogo al mismo, el propio Lemonauria explica: “He procurado escribir con la mayor imparcialidad, y así censo o aplaudo las leyes según el juicio que de ellas he formado” (p. 45). Portillo elige otro escrito de Lemonauria, este de 1869, el *Bosquejo sobre el origen y naturaleza de los usos, costumbres y fueros de las Provincias Vascongadas* para cerrar su selección de textos, y en él ese espíritu crítico presente en 1837 ya ha desaparecido (también para entonces, los años 60, algunos de los elementos más criticados de los fueros

⁷ Al abandonar muchos liberales, entre ellos los miembros de la burguesía mercantil de la ciudad de San Sebastián, posiciones beligerantemente críticas con los fueros para pasar a defenderlos. Lo explico en *Revolución y tradición...*, pp. 307 y ss.

por el liberalismo). La selección de textos es acertada para los fines que se propone el autor, pero se echa en falta al menos en su estudio introductorio un marco mayor de contextualización, no solo considerando el conjunto del progresismo vasco, sino también el caso del liberalismo español, que hubiera permitido observar que no solo los liberales vascos buscaron legitimar en la historia, en la tradición, el nuevo orden constitucional.

Es, por otra parte, pedagógica y útil la formulación de fases que José M^a Portillo establece en el proceso de construcción del Estado liberal, o de recomposición de la monarquía hispánica, como prefiere hablar él. Sostiene en su estudio introductorio que “la cuestión de los Fueros, como se la denominó entonces, puede ser vista como una fase más en el proceso de crisis imperial y recomposición de la monarquía española”. De tal manera que la “fase vasca o foral” del tránsito entre imperio y nación habría seguido a otra “fase americana” previa. La experiencia de la crisis abierta en 1808 fue diferente para españoles americanos y peninsulares, y en el caso vasco no suscitó los problemas que se plantearían en los años 30; fue entonces y no entre 1810-1814 cuando se suscitó –sostiene Portillo– la cuestión del encaje de los territorios forales en el orden constitucional. He aquí otra cuestión para el debate, pues si completamos la óptica estatal que Portillo adopta en su análisis con otra que ponga el foco en cómo fue vivida esa crisis desde las tierras vascas, observaremos que no pasó tan de largo tal cuestión y que ya en 1808, con la aprobación del Estatuto de Bayona y la implantación de la administración josefina, se prefiguró el debate sobre el encaje de los fueros en el orden liberal.⁸

⁸ Lo explico más extensamente en “Sobre la articulación del Estado liberal: la excepción foral vasca y el surgimiento de tensiones en torno a ella”, en Justo Beramendi y Xosé Ramón

La lectura del estudio introductorio de *Costumbre Democrática* ofrece, en suma, interesantes elementos para el debate, y la de los magníficos textos en esta obra recopilados una ventana abierta al pensamiento progresista que contribuye a hacerlo más visible, y a deshacer arraigados clichés sobre el ochocientos vasco. Otra cosa más trabajosa será recuperar a Lemonauria y a otros liberales vascos para la memoria colectiva y ver su nombre plasmado algún día en un rótulo del callejero bilbaíno.

Coro Rubio Pobes
(Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea, Vitoria-Gasteiz)

Martin Baxmeyer: *Das ewige Spanien der Anarchie. Die anarchistische Literatur des Bürgerkriegs (1936-1939) und ihr Spanienbild.* Berlin: edition tranvía / Verlag Walter Frey 2012. 599 páginas.

El anarquismo español y las realizaciones anarquistas y anarcosindicalistas durante la Guerra Civil (1936-1939) han sido objeto de múltiples investigaciones, ante todo en los años setenta y ochenta del siglo xx. Después, el interés de los historiadores se ha desplazado algo a otros temas y enfoques, cada vez más culturalistas. En su tesis doctoral sobre “la España eterna de la anarquía”, Martin Baxmeyer regresa a un tema anarquista, conectándolo a un enfoque culturalista, concretamente a la literatura anarquista de la Guerra Civil y la imagen de España presentada en esta literatura. La Guerra Civil vivió un auge inusitado de productividad literaria “no profesional”, ya que los anarquistas creían

Veiga: *Poder y territorio en la España del siglo XIX. De las Cortes de Cádiz a la Restauración.* Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2014, pp. 173-195, cfr. 174-177.

que la revolución social les deparaba la posibilidad de realizar la utopía de una práctica literaria libre y colectiva, anhelada durante tanto tiempo. Los tiempos nuevos producirían también una literatura nueva. Al respecto, los resultados de la tesis son esclarecedores.

Baxmeyer sostiene la tesis de que la literatura anarquista de la Guerra Civil no fue la realización de la utopía cultural de los anarquistas en el sentido de una *praxis* novedosa, libre y colectiva, que actualizaba y formaba ideologemas anarquistas. Bien es verdad que a lo largo de la Guerra Civil se alteraron las condiciones literarias de producción y recepción, pero tanto en relación al contenido como a su forma, la literatura libertaria de la Guerra Civil se distanció de manera significativa de sus “fuentes” ideológicas. Más bien, se acercó a la literatura profranquista de la Guerra Civil, actualizando teoremas nacionalistas, colonialistas e incluso racistas y creando su propio mito de España, lo que denomina “la España eterna de la anarquía” (p. 30).

Para demostrar que esta tesis es correcta, el autor construye un edificio argumentativo en tres pasos. En el primero se discute la utopía anarquista de una revolución cultural respecto a sus ideas de literatura, encuadrándola en su contexto histórico. Se trata de la pregunta de qué deseaban los anarquistas cuando hablaban de literatura. Después, presenta un esbozo de la producción literaria de preguerra, que debe servir como contraste a la literatura bélica examinada (capítulos 3 y 4). En el segundo paso, se concentra en las condiciones concretas de producción y recepción de la literatura bélica anarquista. Se discuten y diferencian los distintos géneros literarios, presentando sus peculiaridades, y se examina si de verdad y cómo se modificaron las condiciones literarias de producción y recepción a lo largo de la Guerra Civil, pues en la visión de los

anarquistas estos cambios eran una condición indispensable para que pudiera surgir una literatura nueva y revolucionaria. Por eso hay que preguntarse, qué hacían los anarquistas para realizar su utopía literaria. Medialidad y vías de difusión son factores importantes para el surgimiento y el efecto de la imagen literaria de España. El estudio desarrolla un modelo para analizar la composición de los autores, que quiere arrojar una nueva luz sobre el papel de los autores profesionales no anarquistas. En este apartado también se incluye un análisis literario empírico de las series de novelas *La Novela Ideal* y *La Novela Libre* (capítulo 5).

En un tercer paso —cuantitativa y cualitativamente el más importante—, Baxmeyer analiza la imagen que tenían los anarquistas de España preguntando qué tipo de efecto real tenían la programática estética y los cambios revolucionarios del accionar literario sobre la literatura anarquista. Para poder contestar a esta pregunta, investiga la imagen “tópica” de la literatura anarquista en tiempos de guerra en la que símbolos colectivos nacionales tienen carácter constitutivo. La selección de los símbolos colectivos analizados se orienta en el mito de la “España eterna” de la derecha con sus tres pilares naturaleza, historia y tradición religiosa. El autor puede probar que estas tres categorías reaparecen en la literatura anarquista de la Guerra Civil y tenían carácter constitutivo para su imagen de España. Ante todo, hay múltiples coincidencias en la presentación de la historia “heroica” de España entre textos anarquistas y textos profranquistas o fascistas (capítulos 6 a 9).

Una argumentación reza que la lucha librada por los anarquistas en su literatura por obtener la soberanía interpretativa sobre símbolos colectivos nacionales (reclamada por la propaganda franquista para sí) corría paralela a la lucha por quién tenía el derecho en la zona republicana

a reclamar para sí la historia y la cultura nacionales, las virtudes proletarias, los valores revolucionarios; o sea: a España. Metáforas, símbolos, tópicos y motivos nacionalistas y proletarios que se pueden encontrar en todas las fracciones del campo republicano, fueron el campo de batalla ideológico-literario de los anarquistas. Resulta muy claro, pues, que tampoco en el campo literario se puede hablar de “unidad” entre las fuerzas antifranquistas.

Los resultados de esta investigación hacen necesaria una corrección de algunos supuestos anarquistas. Características ideológicas de este movimiento como antinacionalista, antimilitarista o antirracista no se reflejaban necesariamente en la *praxis* cultural anarquista. Esta creó más bien un mito de España en el que aparecieron teoremas nacionalistas, militaristas, racistas, colonialistas o misóginos que se asemejaban en cierta manera al agresivo nacionalismo franquista, creando una propia utopía nacionalista. Si bien el autor no pudo examinar –ni mucho menos– a todos los autores y todas sus obras, sus pesquisas tienen la suficiente base empírica para poder afirmar que la tradición literaria anarquista de preguerra sufrió, durante la Guerra Civil, una ruptura de contenido y en parte también de forma (p. 519). Incluso concluye que se niveló la anterior distancia ideológica que separaba al anarquismo de la idea de nación; España y anarquía se fusionaron hasta llegar a ser sinónimos. Eso fue posible mediante una reconceptualización del “pueblo”: antes de la Guerra Civil, este había sido definido en categorías ideológicas y de estratificación social; a lo largo de la guerra, la definición de pueblo se refería exclusivamente al propio grupo, a una “parentela imaginaria” cuya común descendencia provenía de la “Madre España”, la “familia ibérica” anarquista, símbolo de la nación, en la que estaba integrada incluso la tradición católica del

país (la Guerra Civil como repetición de la pasión de Cristo).

El corpus documental de la obra es impresionante. El autor analiza 507 poesías anarquistas de la Guerra Civil y 125 obras de diferente longitud en prosa. En el anexo bibliográfico se enumeran las antologías literarias consultadas, los textos poéticos y poetológicos analizados, los textos anarquistas en prosa y los dramáticos, las noticias de prensa, demás fuentes primarias y una ingente cantidad de bibliografía secundaria.

Esta tesis doctoral es una obra “revisionista” en el buen sentido de la palabra. Corrige muchos tópicos, altera nuestra imagen convencional del anarquismo, tiene una sólida base empírica, argumenta de manera convincente y está bien redactada. Si fuera algo menos extensa, el placer al leerla incluso sería mayor.

Walther L. Bernecker
(*Universität Erlangen-Nürnberg*)

José Carlos Rueda Laffond / Elena Galán Fajardo / Ángel Luis Rubio Moraga: *Historia de los medios de comunicación*. Madrid: Alianza Editorial 2014. 248 páginas.

José Carlos Rueda, Elena Galán y Ángel Luis Rubio presentan, sobre el tema del título, un trabajo conjunto dirigido a cualquier persona interesada en la historia de los medios, en especial a estudiantes de grado o máster relacionados con la Comunicación, las Humanidades y las Ciencias Sociales, a la vez que ofrecen a cualquier lector de nuestros días una panorámica general de la historia de los medios de comunicación en la edad contemporánea y el espacio occidental. Se centran, hay que advertirlo ya, en Europa y los Estados Unidos, por su gran interrelación e importancia objetiva.

José Carlos Rueda es profesor titular de la Universidad Complutense de Madrid, y ha dedicado su trayectoria a tres temáticas: historia de los medios de comunicación, memoria histórica y representación. Entre sus obras hay trabajos como *La televisión en España, 1956-2006: política, consumo y cultura televisiva* (junto con María del Mar Chicharo), *La mirada televisiva: Ficción y representación histórica en España*, o artículos como “Televisión y ficción histórica. Amar en tiempos revueltos”. Elena Galán es profesora titular en la Universidad Carlos III de Madrid, y ha trabajado sobre la memoria, la ficción histórica y la construcción identitaria en televisión: así *El guión de ficción en televisión* (junto a Begoña Herrero) y *La imagen social de la mujer en las series de ficción*. Por último, Ángel Luis Rubio es profesor de la Universidad Complutense de Madrid y se ha dedicado a la historia del periodismo, las nuevas tendencias en comunicación política y el desarrollo de la información y del conocimiento (*Las comunidades de Castilla [1520-1521]: propaganda y nacionalismo*, o *Periodismo y divulgación científica: especialización y espectáculo*).

La obra que comentamos busca fomentar la reflexión sobre medios de comunicación y modernidad, y a la vez indagar en su construcción de un determinado imaginario del mundo. Es, por ende, un género de historia al tiempo político, económico, social y cultural. Y a pesar de la variedad existente de medios de comunicación escrita y visual (libro, periódico, cine, radio, televisión o tecnologías digitales), con su correspondiente y vertiginosa evolución, los autores logran equilibrar su peso respectivo, procurando una cierta estructura cronológica en cada capítulo, y sin caer en la suma de acontecimientos. Articulan así una visión integrada, que permite al lector apreciar la trayectoria básica de la comunicación social y sus contradicciones. La

obra no es, por tanto, ni una crónica fragmentada sobre la evolución de los diferentes medios ni una suma acumulativa de acontecimientos inconexos.

Con la perspectiva adoptada por los autores –avalada por los teóricos de la comunicación y de la teoría crítica–, se nos ofrece la posibilidad de apreciar múltiples facetas de esta historia y poder entender mejor la realidad actual. Podemos ver la relación entre democratización, industrialización o nacionalismo, la creación de la esfera pública o su intensa relación con los totalitarismos del siglo xx, y llegamos a abrirnos finalmente a los cambios de la era digital. No solo es importante así lo que está escrito en este libro apretadamente, sino también la reflexión a la que induce.

Pese a todo –cómo no plantearlo ya siempre, en un mundo global como es el nuestro– la obra peca de un enfoque demasiado occidental, aunque se explicita el objetivo de combinar universalidad y regionalización. América Latina, muy brevemente comentada en la obra, o la cultura japonesa –de influencia tan clara en Occidente con el *manga* o el *anime* y sus propios avances tecnológicos–, no reciben a mi modo de ver (y ello sin duda por la falta de espacio que parece impondría el editor) la atención merecida.

En conclusión, el texto ofrece un magnífico punto de partida para lectores que se inicien en este ámbito, así como para todos aquellos que quieran ver reunidas, en menos de 300 páginas, informaciones múltiples sobre un asunto crucial de nuestros días y reflexiones y análisis sólidos.

Iker Itoiz Ciáurriz
(Universidad Complutense de Madrid)